

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Samuel 3, 3b-10.19): *Aquí estoy; vengo porque me has llamado.*

Salmo (39, 2.4ab.7-8a.8b-9.10): *«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»*

2ª lectura (1ª Corintios 6, 13c-15a.17-20): *Nos resucitará también a nosotros.*

Evangelio (Juan 1, 35-42): *Hemos encontrado al Mesías.*

Desde que el hombre está en el mundo ha buscado a Dios, o la figura de un intermediario para sus proyectos; intermediarios de Dios fueron: Moisés, Josué, los Jueces, profetas, etc. Hoy, la primera lectura, nos presenta la llamada de Dios a Samuel. Samuel no estaba buscando a Dios, más bien Dios le estaba buscando a él.

Recordemos que su madre tuvo muchos problemas para concebirlo. Con gratitud lo ofreció a Dios y lo llevo a vivir en el Templo, al servicio del sacerdote Elí. Nos encontramos, pues, a Samuel viviendo en el Templo, pero sorpresivamente anota el autor del texto que *«aún no conocía al Señor, pues la palabra del Señor no le había sido revelada»*.

Dios llama al joven en sueños: *«Samuel, Samuel...»*, por dos veces contesta: *«Aquí estoy»*, pero a la tercera vez, consciente el niño de que era el Señor quien lo llamaba respondió: *«Habla Señor que tu siervo escucha»*. La respuesta de Samuel es la respuesta de la disponibilidad y es también la respuesta de los discípulos del Bautista que nos presenta el evangelio.

El Bautista que ha entregado su vida a preparar el camino del Señor tiene perfectamente clara su vocación y, rodeado de sus discípulos ha dicho claramente: *«Yo no soy el Mesías. Detrás de mí viene uno al que no soy digno de desatarle la correa de la sandalia»* y a este lo presenta como el *«Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»*, afirmando que *«conviene que Él crezca y yo disminuya»*. Juan hablaba a sus seguidores de penitencia y conversión, los sumergía en las aguas del río para simbolizar la pureza con la que hay que prepararse para el día del Señor. Juan les ayudaba a tener el corazón en ascuas esperando que el Señor cumpliera su promesa y liberara a su pueblo.

Ellos buscaban a Dios y sentían que cerca de Juan Bautista estarían también cerca de Dios. Pero un día, que resultaría inolvidable para algunos, Juan ya no solo habló de conversión, sino que señaló y anunció que Jesús de Nazaret, el que pasaba frente a ellos, era el Cordero de Dios. Una expresión enigmática, pero que resultó suficiente para poner a esos dos discípulos en camino tras Jesús.

Aquellos discípulos siguen a Jesús, Jesús se vuelve y les pregunta *«¿Qué buscáis?»*. En su relato el evangelista va a utilizar un verbo que será muy importante en todo su evangelio, pero que nuestras traducciones no pueden reflejar claramente. Los discípulos de Juan le dicen a Jesús: *«¿Dónde vives, Rabi?»* Esta respuesta de aquellos hombres nos retrata la búsqueda de Dios que realiza el hombre, sería la sed de Dios que nos presentaba el salmo 63: *«mi alma tiene sed de Ti, mi carne te anhela»*, es el ansia del hombre a la búsqueda de alguien que dé sentido a su vida. Entonces Jesús responde. *«Venid y veréis»*, venid y creeréis, venid para tener la experiencia del encuentro con Cristo. Y *«vieron donde vivía y se quedaron con él ese día...»*.

Ese *“venid y veréis”* nos lo está diciendo el Señor hoy a cada uno de nosotros que fuimos llamados en el bautismo al seguimiento de Cristo y que hoy nos llama a ir a su encuentro para tener esa experiencia vital del encuentro con Dios. Pero el encuentro con Cristo, la experiencia de Dios no puede dejarnos indiferentes, nos tiene que sacar de nuestras seguridades para ponernos en camino.

Vemos cómo Andrés va enseguida a buscar a su hermano Simón y llevarlo a Jesús. También nosotros tendremos que salir a buscar a nuestros hermanos los hombres para llevarlos al encuentro con Cristo, un encuentro que transformará sus vidas y los convertirá en ciudadanos del Reino. Tenemos que buscar a hermanos nuestros que caminan en la miseria y son víctimas del egoísmo y la injusticia de los hombres para que se dejen iluminar por la luz de la resurrección.

Pablo es otro al que el Señor le salió al paso. Y con la ayuda de Ananías encontró lo que buscaba, y se convirtió en discípulo misionero del Resucitado. Va y viene, anuncia y enseña, no atrae discípulos hacía sí, sino los encamina al Señor. Y cuando algunos en sus comunidades no sabe sacar las conclusiones coherentes con su fe, Pablo les recordará en dónde tienen que buscar: *«¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habéis recibido de Dios y habita en vosotros?»*. Hay conductas de las que hay que huir, porque allí no se encuentra el Señor Resucitado.

Siempre es Dios quien toma la iniciativa de hacerse de alguna manera presente en nuestra vida. Lo hace con gran discreción. Muchos no se dejan interpelar y muchos sí, pero casi todos requerimos interpretes que nos orienten al rumbo adecuado. Gracias, ante todo, a Dios. Y gracias también a Elí, Juan Bautista, Andrés, Ananías, Pablo y a los demás intérpretes que nos van ayudando a responder menos inadecuadamente a la gran pregunta de nuestra existencia: **¿Qué buscas?**